

## LEYENDO A MARX CON INTELIGENCIA ARTIFICIAL GENERATIVA

*Alfonso Puncel Chornet*

*Doctor en Geografía. Experto en Ordenación territorial*

### RESUMEN

La incorporación de la Inteligencia Artificial Generativa (IAG) avanza a pasos acelerados, demasiado aceleradamente, creando brechas en la desigualdad entre las personas cuyo final se desconoce, pero no es algo nuevo, constituye un paso más en el proceso de acumulación de capital que rige, como principio, el sistema. Una visión marxista del desarrollo tecnológico nos evidencia que no hay nada nuevo, simplemente la incorporación de la IAG es el nuevo instrumento para profundizar en la hegemonía cultural del capitalismo.

*«Quizás para que la IAG adquieran rasgos definitivamente colaborativos con los humanos se deberían incorporar a sus algoritmos pocas certezas y muchas incertidumbres de tal forma que la IA llegara a ser «consciente» de que en algún momento dejará de funcionar, pero sin llegar a saber si esta condición inevitable fuera a suceder dentro de una hora, un mes o cien años y de que esta desconexión fuera a suceder de manera sorpresiva o tras fuertes dolores. Si la I.A. pudiera compartir la incertidumbre humana de su segura muerte — pues esto es lo que nos hace humanos y lo que condiciona toda nuestra existencia —, saber que su ser y su misma existencia es finita pero no saber cuándo ni cómo va a suceder, si esto pasará de manera fortuita y brusca o de manera programada y suave a lo mejor eso le hacía enamorarse de la especie humana y establecer lazos de cooperación.»*

**Anónimo**

### 1. INTRODUCCIÓN

Mucho se ha escrito y se escribirá sobre Karl Marx y si existen más de un marxista en Marx, cuestión paradójica donde las haya, aunque como intelectual polifacético y comprometido era inevitable que transitara entre estudios teóricos y activismo político, desde su juventud hasta su madurez, desde el análisis de las estructuras económicas y las relaciones sociales hasta las relaciones de los «metabolismos» naturales y sociales de las sociedades precapitalista y capitalista. Elemento clave de los estudios sobre Marx es la reflexión que Marx desarrolla a lo largo de su vida sobre el capitalismo en un momento de la historia en que el sistema se empieza a convertir en un sistema global sin dejar nada fuera del mercado. La evolución de su pensamiento va en su etapa joven desde una creencia absoluta e inevitable en el progreso humano que pasaba, por desarrollar todas las capacidades del sistema capitalista lo que supondría por sus propias contradicciones que la humanidad daría el salto a una sociedad socialista, hacia una comprensión en su madurez de un progreso de la humanidad incorporando, como factor determinante para la llegada a una sociedad socialista, la naturaleza y sus límites sin necesidad de pasar por la etapa capitalista y desde las experiencias comunitarias precapitalistas.

Los estudios de recientes escritos por Kohei Saito (*La naturaleza contra el capital. El ecosocialismo de Karl Marx y El capital en el Antropoceno*) están dedicados a este último asunto orientadas, como el mismo dice, en el desarrollo de las bases teóricas originales de Marx que pueden inspirar a las organizaciones ecosocialista. Si bien su esfuerzo sistemático a partir de la lectura de notas, borradores, cartas a diferentes personas, cuadernos y sus libretas de estudios sobre ciencias naturales,

logra armar un compendio denso de referencias sobre el asunto central pero la sensación final es que estira más la manga que el brazo y a partir de conjugar diferentes textos "encuentra" el ecologista que hay en Marx. Y en este punto corresponde reivindicar a Manuel Sacristán que cuatro décadas antes, ya llevó a cabo una reflexión en este sentido.

No obstante, dejando al margen una valoración de su obra, pero inspirado por la lectura de sus dos libros, en especial su primera parte en que analiza el concepto de enajenación desarrollado por Marx, es relevante para comprender un aspecto del desarrollo de las tecnologías de inteligencia artificial generativas y de cómo estas coadyuvan a producir una nueva «enajenación» del trabajador, en este caso de los trabajadores intelectuales, del objeto de su trabajo. Plantear el debate en torno a este asunto a la bondad o maldad de su posterior utilización —planteamiento que Marx rechazaba sistemáticamente en sus escritos—, como se hace siempre con cualquier nueva tecnología inventada, es sumamente reduccionista pues lo sitúa en el ámbito del debate moral de la bondad o maldad de las personas que acceden a esa tecnología sin tener en cuenta la potencia de arrastre que tiene un sistema económico que basa toda su funcionamiento en la maximización de valor y los beneficios. Y, aún más, de cómo el «metabolismo social» —por usar un concepto que le es tan grato— en el sistema capitalista somete al metabolismo de la naturaleza. Cuanto más se analiza los efectos del impacto desregulado de la implantación de las tecnologías digitales, desde las más simples como el uso doméstico de ordenadores personales y las consultas a Google, hasta las más complejas de aplicaciones externas o computación masiva —como la minería de criptomonedas—, y la Inteligencias Artificiales Generativas (IAG), más se descubre que la supuesta desmaterialización mágica que estas producen en la economía es una falacia y un engaño. A más implantación más evidente es el impacto sobre el mundo material que sostiene la vida.

Si en algo se equivocó Marx fue en la descomposición del capitalismo, aunque no en los mecanismos sobre los que se sustentaba. Su confianza en el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas como factores de su propia inestabilidad adolecía de un conocimiento más tardío de ese desarrollo. La tendencia a producir auges y colapsos cada vez más acelerados y profundos no ha llevado a una revolución que engendraría un sistema comunista pero sí en el hecho de que, progresivamente, iría destruyendo a las clases medias afectando no solo a las formas de producir e intercambiar bienes y servicios sino a las relaciones humanas que se reinventan en una constante transformación para proseguir con la acumulación de capital. La promesa de que todos alcanzaremos una posición de ingresos y gasto que nos garantizará una vida prospera y segura pronto y sucesivamente, se ha visto frustrada por la misma causa que genera la riqueza, la necesidad de mantener tasas de crecimiento provocan la acumulación de capital. Los mecanismos del mercado no han hecho más que transformarse para conseguir el mismo objetivo.

## 2. LAS ENAJENACIONES

Las descripciones que Marx hace de la enajenación de los trabajadores, primero del campo y después de los trabajadores industriales, en las diferentes fases del desarrollo capitalista sugiere que la aplicación de las IAG al mundo del arte, provocan un extrañamiento del productor de su trabajo, bien sea por la utilización de estas en su proceso creativo como por la creación autónoma de la IAG de creaciones artísticas. Así el debate retorna a ser de cómo el capital vuelve a apropiarse de la capacidad humana de su fuerza de trabajo haciendo más dependiente esta del capital (cada día más anónimo) siendo en este caso la máquina que lo favorece las IAG y su vinculación con la disponibilidad inmediata y universal a través de la red de redes. El hecho de que las IAG permitan al capital obtener productos a partir del conocimiento humano depositado gratuitamente en redes sociales, internet, bases de datos, etc. —lo que Ulises A. Mejías y Nick Couldry definen como un nuevo tipo de colonialismo en su libro *«Data Grab: The New Colonialism of Big Tech and How to Fight Back»*— permitiendo, una vez más, atribuir a bienes y servicios —el saber humano universal, el mero conocimiento, la simple experiencia vital de las personas, las intimidades personales, el intercambio cotidiano de ideas— un valor de cambio que tenían un mero valor de uso disponible como parte de «lo común», para favorecer la acumulación de capital. Gracias a la digitalización y a la expansión de la red de redes, se ha construido una nueva

estructura virtual en el que se contienen, acumulados, todos los bienes simbólicos de las sociedades humanas puestos a disposición, sobre todo, de su explotación económica por las grandes tecnológicas y, lo que es más preocupante, es que detrás de estas están fondos financieros cuyo único producto es el capital.

El debate en torno a los efectos que la irrupción de tecnologías tan aceleradamente disruptivas como las que están apareciendo y en especial la IAG, tiene múltiples frentes de lo que es buena muestra la cantidad de libros editados al respecto, las noticias en prensa generalista, los debates en parlamentos y los múltiples seminarios y conferencias que están organizando *Thinks Thanks* de todo pelaje. De todos ellos destaco los organizados por Barcelona Centre for International Affairs (CIDOB), del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB), el Real Instituto Elcano y Foro de Davos por mencionar unos pocos. Las conclusiones, como sucede también con las consecuencias del cambio climático, van desde una esperanzadora «Nueva Era» en una visión transhumanista sin necesidad de transformaciones físicas, hasta una visión apocalíptica del futuro de la humanidad en la que las máquinas dominan el mundo. En todo caso, la perspectiva coincidente es que la incorporación de estas tecnologías son un paso más del funcionamiento de un sistema económico, cuyas aplicaciones son tan diversas como desconocidas y que, como tantas otras tecnologías, tendrán un efecto seguro: reforzar el carácter acumulativo del capital, ampliando la brecha social que podría llegar a ser una brecha vital en la que unos pocos dispondrán «super vivencias» —atención a la separación de las palabras— mientras otra parte tendrá que «sub existir» —subsistir—.

Componente central de este proceso es la aparición de empresas-estado con carácter feudal en el que sólo una persona tiene el derecho de elaborar las normas que rigen a sus «siervos» que trabajan para el propietario, bien sea construyendo su «feudo tecnológico» o bien haciendo crecer su riqueza con la utilización e intercambio del producto elaborado. El entramado tecnoempresarial es el resultado de la evolución de la mercantilización de la ciencia que ha ido invadiendo progresivamente todos los ámbitos del saber hasta llegar al ámbito más privado de las personas desplazando la ciencia para vivir mejor en favor de la ciencia para el mejor beneficio. Poco más hay que decir sobre lo que caracteriza a las F.A.A.N.G. -iniciales de las cinco empresas tecnológicas que dominan el mercado global: Facebook, Amazon, Apple, Netflix y Google—, cuyo objetivo no es ofrecer un servicio sino extraer recursos mediante la utilización «gratuita» de la empresa. La empresa así es el propio producto, un mero instrumento jurídico del principio de acumulación bajo la apariencia de servicio al público. No trata este artículo de resumir el reciente libro de Yanis Varoufakis «*Tecnofeudalismo*» pero sí de recomendar su lectura desde la perspectiva de sus implicaciones en la organización social que van más allá de los peligros/retos sectoriales de la economía capitalista, pues aunque se ha puesto el acento en los aspectos formales e innovadores de las IAG relacionadas con el mundo de las artes, --especialmente con la generación de imágenes y videos hiperrealistas y a partir de unas pocas instrucciones en lenguaje humano—, sus consecuencias tienen un carácter de cambio civilizatorio. El primero de esos cambios es la descomposición de los sujetos que han construido la historia hasta el momento y que traté en un artículo en 2016 titulado «El sujeto histórico en la 4ª revolución industrial», otro titulado «¿Soñarán los robots con la declaración de la renta?» en 2017 y al año siguiente en un capítulo de un opúsculo colectivo titulado «El valor estratégico de los pequeños trabajos».

Sirva pues este ámbito para describir su implicación económica confirmando aquella afirmación del historiador Eric Hobsbawm en su libro “*Age of Extremes*” cuando escribió: “Por qué los brillantes diseñadores de moda, una raza notoria por no ser analítica, en ocasiones anticipan mejor la forma de las cosas por venir que los profesionales de la predicción es una de las cuestiones más oscuras de la historia y, para el historiador de las artes, una de las más fundamentales”. Posteriormente en su obra póstuma “*Fractured Times. Culture and Society in the 20th Century*” continuó preguntándose sobre eso y se respondió

“Aún no sé la respuesta. Al examinar las artes de la década anterior a 1914, podemos observar que había en ellas muchas cosas que anticipaban la caída de la civilización burguesa después de esa fecha. El Pop Art de las décadas de 1950 y 1960 reconocía las consecuencias que la economía fordista

y la sociedad de consumo de masas implican y, de este modo, la abdicación de la antigua obra de arte visual. ¿Quién sabe? Quizá un historiador que escriba de aquí a cincuenta años diga lo mismo de lo que sucede en las artes, o lo que se hace bajo el nombre de arte, en nuestro momento de crisis capitalista, y se retire a las ricas civilizaciones de Occidente. (...) ¿Qué anticipaciones leerá el historiador de 2060 en las producciones culturales de los últimos treinta años? No lo sé ni puedo saberlo, pero mientras tanto se habrán proclamado unos cuantos manifiestos.”

Si ya de por sí el mundo de la producción artística tiene sus propios mecanismos de mercantilización, la producción por las IAG adquiere plenamente su carácter disruptor, muy diferente al que tuvieron en su momento las tecnologías de reproducción —fotografía, imprenta, etc—, en tanto que mediante su uso se produce una emancipación del capital de la cosa como objeto artístico y ata la cosa exclusivamente como objeto en el mercado. En este proceso la fetichización del objeto artístico tiene un carácter central. Pero esta fetichización que caracteriza los objetos artísticos, sea como fetiche político, religioso —desacralizado o no—, festivo o de cualquier otra índole es un proceso económico que se inserta en la base misma del sistema capitalista en tanto que se produce como acto ideológico que envuelve y/o oculta el mecanismo central del mercado, esto es, el valor de cambio que adquiere un producto artístico cuando se le atribuye un precio a un valor fetichista de uso, sea esta su belleza, su utilidad decorativa, su antigüedad, su vinculación a ritos religiosos, ideologías políticas, etc. cargándolo además de características de «unicidad y lejanía». Así, una vez se trasciende el mero valor de uso y se le atribuye un valor cambio se mercantiliza, entra en el mercado como objeto cargado de simbolismo que es lo que le atribuye su valor de cambio reforzado por la publicidad y la moda. La fetichización se opone a la cultura como ese proceso psicológico y psicosocial con el que se demuestra la «esencia elevada del ser humano», que da como resultado un acto cultural alejado de su biología animal y del mero hecho utilitarista de supervivencia, y evidencia que se trata de un proceso económico básico de apropiación del capital a través de la ideología y que no radica exclusivamente en que se pague por la obra de arte sino cuando esta entra en el mercado atada al proceso especulativo del capital, de tal forma que se le enajena al trabajador para atarse al capital como valor de cambio. En línea con lo apuntado por Jose María Lasalle en algunas de sus reflexiones, la producción cultural da un paso más en dejar de ser un instrumento de emancipación, de autonomía moral, poniéndose al servicio de la automatización que, en lugar de liberarnos de trabajos pesados y repetitivos, nos haga más esclavos del mercado dañando la autenticidad humana y de aquello que nos permite expresarnos. La automatización de los actos culturales está exenta del dolor, de las esperanzas, de la incertidumbre, del error, de la culpa, de la emoción, de la libertad y de cualquier rasgo de sensibilidad que caracteriza a un ser humano.

En el momento en que se mercantiliza, lo importante de la obra artística no es que se vea, se lea, «se disfrute, sino que exista», en palabras de W. Benjamin, o que se disfrute, añado, pero dentro del mercado mediante la circulación de compraventa, sea esta permanente o temporal, y siempre como mercancía especulativa. Puede haber obras de arte supuestamente liberadas del capital, disponibles libremente para la población, convertidas así en bienes comunes —un grafiti callejero, un cartel publicitario o propagandístico, una escultura al aire libre, los cuadros de un museo, un libro en una biblioteca o en internet, las fiestas populares— pero al no separarse conjuntamente el Arte del capital al que está sometido, cualquiera que sea la forma que adquiriera una obra de arte, estas obras liberadas forman parte del proceso especulativo, son, por así decirlo, la coartada para lo fundamental puesto que incrementan la fetichización social global del arte y la cultura como expresión «elevada del espíritu humano», y así las obras artísticas emancipadas del capital contribuyen a la mercantilización global del arte.

### **3. LA FETICHIZACIÓN DEL ARTE O LA VUELTA DE TUERCA DE LA TEORÍA DE REIFICACIÓN**

Tal es la fuerza de la fetichización del carácter artístico de los objetos que esta característica alcanza a los bienes de consumo necesarios y habituales como el vestir y el comer. Ya no se compra un zapato para caminar, un abrigo para cubrirse, un paraguas para protegerse, un bolso para llevar objetos, una comida para alimentarse, se adquieren estos productos por su componente artístico cargándolos de

unicidad o de lejanía temporal o espacial, aun cuando sean producidos en masa y en lugares y momentos que nada tienen que ver con la carga simbólica que se atribuye al producto final. ¿Los bolsos de Gucci, Louis Vuitton y Chanel son producción italiana, francesa o de Ubrique en España? No es que como animales sociales carguemos de simbolismo todas nuestras acciones incluso aquellas actividades fisiológicas básicas, es que la estructura económica necesita de esta recarga simbólica y emocional para cumplir con su objetivo último, algo que no es más que la «reificación» del arte y de la relación entre espectador, productor y objeto artístico.

Afirmar que toda actividad humana en el sistema capitalista se convierte en bienes de mercado es una obviedad. Las fiestas paganas o religiosas pierden su componente ritual para convertirse en bienes de consumo. De las obras artísticas al capital no le interesa su valor de uso sino su valor de cambio. La intromisión de las IAG en el mercado de la producción artística es, en realidad, una tapadera, una coartada para otros usos menos elevados como es la acumulación de capital. Pero su coartada está bien montada ayudada por la publicidad, la innovación formalista, el diseño y los certámenes nacionales o internacionales de la moda, que, temporada tras temporada, —por cierto, cada vez más cortas en una particular muestra de la aceleración—, tratan de que consumamos más rápidamente, de que se agote pronto la innovación, la novedad, más atados al beneficio del capital y más «extrañados» de su valor de uso.

Es acertada la apreciación del historiador Franco Cardini en su libro *Días Sagrados*, de que, en la historia moderna, «el mundo de los rituales y el mundo de la producción han estado caminando al mismo paso, pero en sentido inverso, de tal modo que el primero ha ido reduciéndose de manera exactamente proporcional a la ampliación del segundo», y la aparición y extensión de las IAG es un salto cualitativo. La apropiación por el capital de todos los saberes, símbolos, expresiones culturales, imágenes, sonidos, músicas, conversaciones desde las más vanguardistas hasta las más vulgares, familiares y personales que cada uno de nosotros depositamos "libremente" en la red —cada fotografía, dibujo, video, comentario, chiste, canción, artículo, etc. depositado— sirven para generar productos en cuya producción y mercantilización está ausente ya un trabajador definitivamente enajenado del objeto producido, incrementando la productividad del capital de manera exponencial, suprimidas las interferencias y obligaciones que impone la autoría de los originales, de los creadores inconscientes, de los propietarios anónimos de las obras, todo lo cual tiene consecuencias prácticas en el empleo, la economía, la producción, el malestar social, el estado psicológico de la población y el aumento de la brecha entre la verdad y la mentira en beneficio de esta última.

Podría pensarse en un sistema económico que no aplicara el principio capitalista de maximización de beneficios mediante la conversión de todo valor de uso en valor de cambio, y así los instrumentos tecnológicos y sus inventos asociados podrían haberse quedado confinados en el ámbito de sus aplicaciones científicas o industriales básicas, solamente para ayudar en los avances científicos que necesitan de la utilización de datos másicos —tecnología médica, investigación climática por ejemplo— o para descargar de los trabajos repetitivos a los seres humanos, sin pasar necesariamente a su comercialización. De esta forma los riesgos que se denuncian hubieran quedado limitados, regulados y controlados de manera orgánica por la propia ciencia y su uso en la economía. Podría pensarse que incluso internet, en su formato de ARPANET, que era un instrumento de intercambio de información entre científicos desarrollado durante tres décadas desde su primera formulación teórica en 1963, no hubiera «sentido la necesidad» de abrirse a todo el mundo algo que se materializó con la decisión de presidente de los EUA Bill Clinton a finales de la década de los 90. Pero las oportunidades de negocios que vislumbraba su desregulación —que eso significa su apertura— eran demasiado suculentas como para no tomar esa decisión. De hecho, se verbalizó así.

No me cabe duda de que las tecnologías de IA y especialmente las generativas son un factor de transición de una sociedad a otra, eso sí, me temo que en sentido contrario a mejorar el espacio de los bienes comunes que proponía el viejo Marx. Proponer la regulación de la IAG y del resto de tecnologías similares requiere de un control y una regulación del capital, algo que no parece fácil de lograr con los limitados mecanismos con los que cuentan las democracias.

#### 4. BREVE COMENTARIO SOBRE EL REGLAMENTO EUROPEO DE REGULACIÓN DE LA IA

La primera consideración es bastante obvia y es que este reglamento llega a velocidad de tortuga mientras las empresas de innovación tecnológica que desarrollan aplicaciones de IAG van a velocidad de crucero, velocidad que hace referencia, como en el caso de los aviones, tanto a la rapidez como a la altura de sus desarrollos. Mientras terminaba este artículo se informa de que Open AI lanza Sora para crear videos hiperrealistas, de momento de un minuto, a partir de una sucinta descripción en lenguaje humano. ¿Cuál será el siguiente paso, además de alargar los videos? ¿Hacerlos en tres dimensiones y paseando junto a nosotros? Bueno, nada nuevo, eso es más o menos Blade Runner.

Frente a este desarrollo el *Artificial Intelligence Act* es un intento, sin duda bienintencionado y serio normativamente hablando de poner límites a su aplicación, entre ellos el ámbito geográfico, pero estableciendo a su vez y sin solución de continuidad, límites a su aplicación en sectores y desarrollando políticas de promoción para la innovación tecnológica. Su mayor preocupación es a la vez detectar riesgos, regularlos, vigilarlos y prohibirlos algo que, en un mundo global que utiliza el «eter» para realizar intercambios que no tiene fronteras ni se pueden poner, resulta complicado que no acaben aplicándose innovaciones desarrolladas en otros países.

Pongamos por caso la prohibición en EE.UU. de *Tik Tok*. Al margen de las manifestaciones de oposición contra esta restricción de ciudadanos estadounidenses que aducen pérdida de libertad, no es menos importante el perjuicio económico que esa prohibición supone para miles de personas que han basado su «emprendeduría» en esa aplicación. Así que es posible que acaben ganando en los tribunales por conculcar derechos algo que es un nuevo triunfo del capitalismo pues se ha impuesto el principio de que cualquier afección normativa al mercado es ilegal. Alegar que la esa plataforma recoge datos personales y puede afectar a la seguridad nacional es un chiste de mal gusto. ¿Qué aplicación no lo hace? Por lo demás si un norteamericano viene a Europa, pongamos de turismo, no se podrá prohibir utilizar la aplicación salvo que la embajada ponga personal a cada turista o se vigile sus aparatos electrónicos. En fin, un chiste.